



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: La gran Revolución Francesa y el pensar socialista utópico en América Latina

Autor: Shulgovski, Anatoli

Forma sugerida de citar: Shulgovski, A. (1989). La gran Revolución Francesa y el pensar socialista utópico en América Latina. *Cuadernos Americanos*, 5(17), 68-79.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año III, Núm. 17, (septiembre-octubre de 1989).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados. 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LA GRAN REVOLUCION FRANCESA Y EL PENSAR SOCIALISTA UTOPICO EN AMERICA LATINA

Por *Anatoli* SHULGOVSKI
INSTITUTO DE AMERICA
LATINA, ACADEMIA DE
CIENCIAS DE LA URSS

REFLEXIONANDO SOBRE las peculiaridades de la lucha ideológica en el período de la Gran Revolución Francesa, Carlos Marx señala: "Camilo Desmoulins, Danton, Robespierre, Saint-Just, Napoleón, los héroes, lo mismo que los partidos y la masa de la antigua revolución francesa, cumplieron, bajo el ropaje romano y con frases romanas, la misión de su tiempo: librar de las cadenas e instaurar la sociedad burguesa moderna".¹

Durante la Guerra de la Independencia de las colonias españolas en el Nuevo Mundo, sus dirigentes ideológicos, políticos y militares también solían dirigir su vista hacia la Antigüedad para ver cómo les quedaría el "ropaje romano". Al mismo tiempo mostraban gran interés por la Revolución Francesa, sus enseñanzas y experiencias. Este interés crecía a medida que iban saliendo al primer plano los problemas relacionados con el régimen constitucional de los Estados latinoamericanos recién surgidos y con la búsqueda de los caminos para consolidarse.

Definir a grandes rasgos los problemas principales que preocupaban tanto a los representantes del ala radical, "jacobina", de la revolución liberadora como a los partidarios de la corriente cons-

¹ Carlos Marx y Federico Engels, *El Dieciocho Brumario de Louis Bonaparte*, en *Obras escogidas*, Moscú, Editorial Progreso, t. I, p. 446.

titudinalista moderada, podrá verse que en realidad se trataba de los mismos problemas. Todos ellos buscaban la respuesta al interrogante de si era fatalmente inevitable el desarrollo de los acontecimientos, cuando la Revolución Francesa llevó a la instauración del imperio napoleónico. A ello estaba vinculado también el problema del "precio de la revolución", es decir, la cuestión de si valía la pena derramar tanta sangre y sacrificar tantas vidas, si al fin de cuentas iba a ser instaurado el despótico régimen imperial. El revolucionario argentino de temple jacobino, Mariano Moreno (1778-1811), escribía con profundo dolor: "El día 20 de junio de 1789 fue el más glorioso para la Francia y habría sido el principio de la felicidad de toda la Europa, si un hombre ambicioso, agitado de tan vehementes pasiones, como dotado de talentos extraordinarios, no hubiese hecho servir al engrandecimiento de sus hermanos, la sangre de un millón de hombres, derramada por el bien de su patria"²

Antonio Nariño (1765-1823), uno de los insignes dirigentes de la Guerra de la Independencia en Colombia, cuyo temperamento de político y publicista algunos historiadores comparan con el que mostraron en sus actividades los jacobinos franceses,³ opinaba que "Francia con su guillotina y con torrentes de sangre no pudo lograr esta metamorfosis repentina; y esto fue la causa primaria de la ruina de su nuevo sistema".⁴

José Faustino Sánchez Carrión, uno de los dirigentes ideológicos y políticos de los patriotas peruanos, que calificaba *El Contrato Social* de Jean-Jacques Rousseau como libro pequeño, pero de sorprendente profundidad, con ayuda del cual se derrumbaron tronos, se oponía a que en Perú tuviesen lugar las perturbaciones sociales propias de la Revolución Francesa, que se llevaron tantas vidas humanas.⁵

Surge la pregunta lógica: ¿cómo explicar la paradoja tan evidente de que los propios dirigentes tipológicamente próximos a los jacobinos franceses los sometieran a crítica cortante? Es posible que

² Mariano Moreno, *Selección de escritos*, Buenos Aires, 1961, pp. 249-250.

³ Alberto Miramón Nariño, *Una conciencia criolla contra la tiranía*, Bogotá, 1960, p. 152.

⁴ Javier Ocampo López, *El proceso ideológico de la emancipación colombiana. Selección de documentos*, Bogotá, 1980, p. 540.

⁵ *Colección documental de la Independencia del Perú*. Tomo I. *Los Ideólogos*. Vol. 9. *José Faustino Sánchez Carrión*, Lima, 1979, pp. 350, 367.

una de las causas principales consistiese en que personas como Nariño y Sánchez Carrión trataban de evitar, basándose en los estudios de la experiencia de la Revolución Francesa, que en América Latina se repitiese la época del terror, ya que comprendían que los destinos de los pueblos latinoamericanos dependen en buena medida del "precio de la revolución". Al mismo tiempo, los imperativos de la guerra liberadora instigaban a estos individuos a actuar empleando los métodos jacobinos, si por éstos se comprende ante todo la necesidad de que la revolución sepa defenderse. Así, el mismo Nariño asumió, en nombre de estos objetivos, las facultades provisionales del dictador, y Sánchez Carrión manifestó su apoyo entusiasta a las actividades de Simón Bolívar en Perú donde éste fue investido por el Congreso Nacional (1824) de poderes dictatoriales extraordinarios.

También importa recalcar otro motivo de la actitud crítica de los patriotas latinoamericanos ante algunas lecciones de la Revolución Francesa. Se trataba del propósito de rehusar los conflictos fratricidas tanto sociales como raciales que pondrían en peligro la existencia misma de las comunidades étnico-nacionales en formación. Precisamente por estas consideraciones se guiaban muchos participantes del Congreso de Angostura (en que se fundamentaba la institucionalidad de la Gran Colombia), que eran partidarios de Bolívar y que manifestaban sus dudas respecto de la posibilidad de aprovechar las experiencias de la Revolución Francesa con arreglo a la realidad latinoamericana, ante todo en el sentido de lo difícil que era el paso brusco del despotismo a la libertad y la conservación de la misma. Y el argumento principal era la instauración del Imperio de Napoleón.⁶ Es difícil comprender la tonalidad de esas intervenciones sin recordar que apenas había dejado de existir la Segunda República Venezolana (1813-1814), ante todo porque la rechazaron las masas de los llaneros encabezados por Bo-ves. Estas acciones de las masas populares fueron calificadas por muchos testigos oculares como una variante venezolana de lo que ocurrió en Francia en 1793, hecho que, según su opinión, y en las condiciones de la Guerra de la Independencia, podría traer consigo consecuencias impredecibles y condenar a la derrota la causa de los patriotas. Simón Bolívar y sus partidarios veían como única salida de esta situación la profundización de la revolución liberadora me-

⁶ *La doctrina de la revolución emancipadora en el Correo del Orinoco*, Caracas, 1959, pp. 237, 253-254.

dian­te la atracción al lado de los patriotas de las masas populares realizando en interés de éstas reformas sociales. Y no tiene nada de asombroso el hecho de que esta línea hacia la radicalización de la lucha emancipadora estuviese lejos de provocar una misma reacción de diferentes fuerzas sociales y políticas que, definiendo sus posturas, a menudo se dirigían hacia la Revolución Francesa, hacia sus enseñanzas y experiencias. Formulando su actitud ante la Revolución Francesa, el propio Simón Bolívar la caracterizaba como uno de los acontecimientos más destacados en la historia de la Humanidad. No obstante, escribía con amargura que ocho años y una persona le dieron orientación opuesta.⁷ Era eso lo que quería evitar Simón Bolívar tratando de impedir que la Guerra de la Independencia se coronara en la práctica con la realización de algún proyecto monárquico. Por eso estudiaba tan asiduamente las lecciones de la Revolución Francesa, incluidos los problemas como causas que provocaron la Guerra de la Vendée, fracaso de la política de "descristianización".⁸ Procurando consolidar las conquistas de la revolución emancipadora y llevar a cabo las transformaciones sociales en interés de los sectores más desdichados de la población, así como guiándose por las ideas de Rousseau, expuestas por éste en el capítulo "La dictadura" de su libro *El Contrato Social*, en 1828 el Libertador se invistió de poderes provisionales de dictador.⁹

Los adversarios de Bolívar lo acusaron acto seguido de aspirar a la instauración en la Gran Colombia de la dictadura jacobina, a la restauración de las costumbres de la Convención y del Terror. Y a Simón Bolívar lo llamaban el "Robespierre criollo".¹⁰ También atacaron a Bolívar los liberales franceses, ante todo Benjamín Constant, quien lo inculpó del deseo de ser un Napoleón latinoamericano. Constant aprovechó esa crítica en primer lugar para condenar una vez más a los jacobinos y también las ideas de Jean-Jacques Rousseau.¹¹ En la polémica tomaron parte también los realistas franceses, que otra vez anatematizaron la Revolución Francesa y en

⁷ Simón Bolívar, *Obras Completas*, La Habana, 1950, vol. II, p. 928.

⁸ *Ibid.*, p. 927.

⁹ Véase *Cátedra Bolivariana* Anatoli Shulgovski, *El Proyecto Político del Libertador*, Bogotá, 1983, pp. 84-96.

¹⁰ Luis Vargas Tejada, *Recuerdo histórico*, Bogotá, 1978, pp. 164-165.

¹¹ *Bolívar y Europa en las crónicas, el pensamiento político y la historiografía*, Caracas, 1986, p. 315.

¹² *Ibid.*, pp. 326-327, 342.

la dictadura provisional de Bolívar vieron, como decían ellos, testimonio irrefutable de que también en el Nuevo Mundo la revolución había fracasado.¹³

En defensa de Bolívar intervino el abate Pradt, viejo corresponsal del prócer latinoamericano, que en realidad ensalzaba las dictaduras cesaristas que, según opinaba, en las condiciones de inestabilidad política y anarquía que reinaban en los Estados latinoamericanos recién surgidos podían traer orden y tranquilidad. Afirmaba que el pueblo francés recordaría a Napoleón como su salvador y bienhechor si éste hubiera realizado su 18 brumario en vísperas de la subida al poder de los jacobinos.¹³ Lógicamente la defensa de esa índole no podía satisfacer a Bolívar, quien confió la redacción de la respuesta a sus oponentes al general Abreu e Lima (1796-1868), uno de sus íntimos colaboradores, brasileño de origen. En esta respuesta el general fundamentaba la idea de que en sus actividades Bolívar partía de la necesidad de mejorar la situación de los sectores indigentes de la población, y con esa misma medida enfocaba también la esencia del concepto como libertad.¹⁴

Aproximadamente en esa época (1830) apareció el libro de Simón Rodríguez (1771-1854), amigo de Simón Bolívar, bajo el título *Defensa de Bolívar. El Libertador del mediodía de América y sus compañeros de armas defendidos por un amigo de la causa social*. La importancia de este libro iba más allá de los límites de la defensa de Bolívar contra las acusaciones de tramar planes cesaristas y napoleónicos. Esta obra de Simón Rodríguez, al igual que otro trabajo suyo *Sociedades americanas en 1828*, era un manifiesto *sui generis* del socialismo utópico latinoamericano. En estas obras se ofrecía una evaluación detallada de la Gran Revolución Francesa que representaba un resumen de las discusiones sobre estos problemas, realizadas en los años de la Guerra de la Independencia, y que abría nuevas posibilidades y caminos para enjuiciar la influencia de esta revolución en los Estados latinoamericanos emergentes.

* * *

Los representantes latinoamericanos del pensamiento socialista utópico se caracterizaban, a pesar de las diferencias en sus concep-

¹³ *Ibid.*, p. 323.

¹⁴ José Ignacio Abreu e Lima, *Resumen histórico de la última dictadura del Libertador Simón Bolívar*, Río de Janeiro, 1922.

ciones particulares, por una gran fe en que precisamente los pueblos de la América española estaban llamados a plasmar en la vida el proyecto del Estado basado sobre los principios de la armonía social y la asociación. "El lugar donde esto se haga (edificación de la 'civilización social', escribía Simón Rodríguez, no será imaginario, como el que se figuró el Canciller Tomás Moro: su utopía será, en realidad, la América".¹⁵ Y el pensador chileno Francisco Bilbao (1823-1865) declaraba con su temperamento mesiánico que la América española estaba llamada por la lógica misma de la historia mundial a poner en práctica la utopía y veía en esto el histórico "deber de los americanos".¹⁶ Como fuente de esta fe en tal predestinación de la América española ellos tenían la experiencia de los países europeos y el análisis de la influencia de la Revolución Francesa en su desarrollo. En las concepciones de los socialistas utópicos latinoamericanos sobre la Revolución Francesa pueden destacarse con cierta y hasta considerable convencionalidad tres direcciones. Entre los representantes de la primera puede colocarse ante todo Simón Rodríguez y también el pensador y político venezolano Fermín Toro (1807-1865). Examinando las enseñanzas de la Revolución Francesa ellos llegaban a la conclusión sobre la necesidad de que la América española siguiese su propio camino, original, americano.

Los partidarios de la segunda orientación —entre los cuales pueden catalogarse el original poeta y pensador argentino Esteban Echeverría (1805-1851), así como los jóvenes intelectuales que se agruparon en torno al diario *El iniciador* que se editaba en Montevideo (1838-1839)— tenían como punto de partida de sus concepciones la premisa de la unidad del proceso histórico mundial y defendían, pese a todos los obstáculos y prejuicios, la idea acerca del triunfo inminente de la libertad y el progreso.

Por fin, los partidarios de la tercera dirección, a los que en primer lugar pertenece Francisco Bilbao (1823-1865), eran, valga la expresión, hijos del año 1848, que, después de concebir el fracaso de la Revolución Francesa como tragedia, intentaron "cerrar" este tema, pero volvieron una y otra vez al mismo.

Ahora veamos brevemente cómo valoraban la Revolución Francesa los representantes de cada una de estas tres direcciones. La cla-

¹⁵ Simón Rodríguez, *Obras Completas*, Caracas, 1975, t. II, p. 131.

¹⁶ Armando Donoso, *El pensamiento vivo de Francisco Bilbao*, Santiago de Chile, 1940.

ve para comprender las concepciones de Simón Rodríguez es su polémica con el historiador francés Mignet. En la introducción a su libro *Historia de la Revolución Francesa*, Mignet escribe que le gustaría relatar "en términos generales la historia de la Revolución Francesa con la que empieza el nuevo régimen social en Europa; lo mismo que la revolución en Inglaterra dio comienzo al surgimiento de nuevos sistemas gubernamentales, la Revolución Francesa no sólo cambió el poder social, sino que alteró toda la vida cotidiana interna del pueblo".¹⁷ Partiendo de esta idea del historiador francés, Simón Rodríguez dio su propia interpretación de la Revolución Francesa y de sus consecuencias para la vida en Francia. Según sus palabras, en lugar de la república apareció el Imperio de Napoleón, al que siguió la monarquía constitucional de Borbón, y luego, después de su derrocamiento, se instauró la "monarquía democrática" de Louis Philippe, lo que significó que subió al poder la "clase media", es decir, la burguesía cuyos representantes formaban todo el aparato estatal, y el rey pasaba a ser "primer funcionario" de esta clase. En cuanto al pueblo, mejor dicho, las masas proletarias, Simón Rodríguez llega a la conclusión de que llevaban una vida desastrosa y sin derechos, incluida la imposibilidad de cursar estudios primarios.¹⁸

Más o menos en ese sentido fundamenta sus concepciones Fermín Toro. Señala que las conmociones sociales de los tiempos de la Revolución Francesa surtieron efecto lógico, es decir, llevaron a la instauración del "despotismo militar" con sus agresiones y luego a la aparición de la monarquía de julio. Esta última, tras de crear todas las condiciones para la prosperidad de los propietarios, condenó al proletariado a una vida sin derechos. Reflexionando sobre las consecuencias sociales de este desarrollo de los acontecimientos Fermín Toro llegó a la conclusión de que en Francia, Inglaterra y otros países europeos en lugar del "feudalismo territorial" apareció el "feudalismo industrial" que engendraba flagrantes contradicciones sociales condenando a la pauperización a las masas de seres humanos.¹⁹

¿Podría o no la Revolución Francesa dar otros resultados? A juzgar por la lógica de sus consideraciones, Simón Rodríguez opinaba que el período decisivo en la Revolución Francesa era su período

¹⁷ Véase F. Mignet. *Historia de la Revolución francesa*, San Petersburgo, 1901, p. I.

¹⁸ Simón Rodríguez, *op. cit.*, t. I, p. 319.

¹⁹ Fermín Toro, Caracas, 1963, t. II, pp. 26-27, 30-31, 34-35.

jacobino. Si bien es cierto que él escribía con dolor y amargura sobre el terror en esa época, sobre la muerte de numerosos individuos inocentes, no es menos cierto que al mismo tiempo veía en las actividades de los jacobinos la abnegación en la defensa de la república y de sus conquistas revolucionarias y su firmeza en la lucha contra la contrarrevolución.²⁰ La caída de la república, la llegada al poder de Napoleón y el alzamiento de la "clase media" fueron causa, de seguir los argumentos de Rodríguez, de que en Francia y también en otros países europeos resultara imposible crear la "civilización social", ya que, como decía él, "las cosas no existen sin lugar".²¹ Esto nos permite comprender la génesis de las palabras conocidas de Simón Rodríguez de que la utopía de Tomás Moro sería, en realidad, la América.

A esas conclusiones llega también Fermín Toro, pero sus argumentos son algo distintos: su evaluación de la Revolución Francesa y sobre todo de su período jacobino coinciden en buena medida con la ideas que desarrolla Saint-Simon en las obras como *Cartas del vecino de Ginebra a los contemporáneos* (1804) y *Cartas al Americano* (1817). Analizando la revolución desde el punto de vista de la lucha entre las clases pudientes y las desheredadas, que provocó en el país graves perturbaciones sociales, Saint-Simon llegó a la conclusión de que hacía falta, para suprimir estas consecuencias devastadoras, realizar la "revolución integral" que llevaría a la edificación de la sociedad de armonía y justicia sociales, ante todo en interés de las clases más pobres. El relacionaba la construcción de tal sociedad con el desarrollo de la industria al que acompaña la "auténtica libertad".²² Al igual que Saint-Simon, Fermín Toro veía en la Revolución Francesa la lucha de las más heterogéneas y hasta antagónicas fuerzas sociales que aspiraban a "aniquilarse mutuamente".²³ Mas a diferencia del pensador francés, Fermín Toro no vinculaba las perspectivas de la edificación de la nueva "civilización social" con el desarrollo industrial, que él identificaba con el "feudalismo industrial".²⁴ Según sus palabras, otra era la situación en la América española, donde no existían contradicciones sociales tan agudas como en Europa ni el problema del proletaria-

²⁰ Simón Rodríguez, *op. cit.*, t. II, pp. 223-225.

²¹ *Ibid.*, t. I, p. 333.

²² Saint-Simon, *Obras escogidas*, Moscú, Leningrado, 1948, pp. 131-138, 346.

²³ Fermín Toro, *op. cit.* t. II, pp. 25-27.

²⁴ *Ibid.*, pp. 53-57.

do. Por eso Toro y Rodríguez afirmaban que los pueblos de América no debían perder la posibilidad histórica única de fundar la sociedad nueva. Argumentaban que en América, a diferencia, por ejemplo, de Francia, donde la instauración del imperio napoleónico, por decirlo así, puso cruz y raya sobre la Revolución, la Guerra de la Independencia mostró con la lógica misma de su desarrollo la necesidad de emprender las transformaciones sociales sin limitarse a la conquista de la independencia política. "Si los americanos quieren, escribía Rodríguez, que la revolución política que el peso de las cosas ha hecho y que las circunstancias han protegido, la traiga verdaderos bienes, hagan una revolución económica".²⁵

Diversos eran los argumentos que desde el punto de vista de la influencia de la Revolución Francesa sobre América Latina aducían los representantes de otra corriente en el pensamiento socialista utópico latinoamericano. Cuando en Francia, en 1848, tuvo lugar la Revolución de Febrero, Esteban Echeverría la valoró así: "Acaba de realizarse en Francia una revolución sin ejemplo en la historia y de inconmensurable medida. En tres días ha caído al empuje de un pronunciamiento nacional la dinastía de julio y bajo los escombros se han sepultado para siempre los últimos vestigios del régimen monárquico feudal guillotinado en 93".²⁶ El triunfo de la Revolución de Febrero era para Echeverría una confirmación de la ley del carácter incontenible del progreso por el que se luchaba no sólo en Europa sino, además, en Argentina y en otros países americanos. Según sus palabras, para los habitantes de América eran progresistas sólo las doctrinas que estaban orientadas al futuro y que se proponían "dar impulso al desenvolvimiento gradual de la igualdad de clases o la Democracia".²⁷ El saint-simonismo era para Echeverría una doctrina así, y él apreciaba altamente la fórmula social del pensador francés: "de cada hombre según su capacidad, a cada hombre según sus obras".²⁸ Echeverría también compartía la idea de Saint-Simon de que el "siglo de oro" de la humanidad está en el futuro y no en el pasado.²⁹ Al mismo tiempo, no dejaba de subrayar que los pueblos de las repúblicas latinoamericanas no tenían que asimilar mecánicamente incluso las doctrinas sociales más progresistas, sino tratar de emplearlas, con el espíritu creador, con

²⁵ Simón Rodríguez, *op. cit.*, t. I, p. 24.

²⁶ Esteban Echeverría, *Obras Completas*, Buenos Aires, 1951, p. 409.

²⁷ *Ibid.*, p. 412.

²⁸ *Ibid.*, p. 135.

²⁹ *Ibid.*, p. 414.

arreglo a las condiciones nacionales³⁰ y, con relación a ello, apreciando altamente la influencia de la Gran Revolución Francesa sobre la Guerra de la Independencia, centraba la atención en la significación extraordinaria de la Revolución de Mayo en Argentina, que, según sus palabras, servía de punto de partida en la lucha por la edificación de la sociedad basada sobre los principios de la asociación.³¹ De esas mismas ideas hacía propaganda en sus planas el diario *El Iniciador*, cuyos fundadores, partidarios ardientes del saint-simonismo, llamaban a la generación joven a continuar y a concluir la obra de los padres que fundaron los Estados latinoamericanos independientes. En las planas de este rotativo se desarrollaba la idea de que la humanidad seguía invariablemente el camino del progreso social que llevaría al triunfo de los principios de la igualdad y la armonía clasistas: Por otro lado, en las ideas de la Gran Revolución Francesa los saint-simonianos del Plata veían la fuerza dinámica y creadora que renovarían la vida social tanto en la propia Europa como en América Latina.³²

Volviendo a Esteban Echeverría, vale la pena subrayar que él, al igual que otros socialistas-utópicos, creían que el problema social no resuelto era fuente de todos los males. Escribía que en Europa todavía predominaba "el despotismo de la propiedad-casta" que provocaba "la explotación del hombre por el hombre; o del pobre por el rico, de ahí el proletariado. . ."³³ Por eso depositaba tales esperanzas en la Revolución de Febrero en Francia. La derrota de la Revolución asestó un golpe muy duro a estas esperanzas e introdujo cambios radicales en los destinos de los representantes del pensar socialista utópico latinoamericano. Algunos de éstos, según dice el destacado pensador argentino Aníbal Ponce, renunciaron a sus convicciones considerando que no se podía vivir alimentándose con "quimeras nobles",³⁴ otros, fieles a sus ideales, procuraban plasmarlos en la vida. A estos últimos pertenecía también Francisco Bilbao, a quien la derrota de la revolución de 1848 llevó a revisar muchas de sus concepciones. Al igual que Esteban Echeverría, Bilbao era partidario ardiente de la Revolución Francesa, a la que consideraba punto de partida sin el cual sería difícil comprender las causas,

³⁰ *Ibid.*, p. 412.

³¹ *El iniciador. Periódico de todos y para todos*, Montevideo, 15 de mayo de 1838, p. 59; 15 de julio de 1838, p. 157; 15 de agosto de 1838, p. 185.

³² Esteban Echeverría, *op. cit.*

³³ *Ibid.*

³⁴ Aníbal Ponce, *Obras*, La Habana, 1975, p. 371.

los objetivos y las tareas de la Guerra de la Independencia.³⁵ Incluso después de los trágicos sucesos de junio de 1848 en París, en su carta a Andrés Bello (31 de agosto de 1849), refiriéndose a la situación en Francia, Bilbao escribía: "Pero el pueblo vive, el pueblo virginal y vigoroso, francés siempre hospitalario, pronto a alzarse al son de la trompeta por la libertad y la gloria".³⁶

La llegada al poder del "pequeño sobrino de su gran tío", es decir, de Napoleón III, las agresiones y la aventura colonial, incluida la de América Latina, provocaron cambios radicales en el tono de las intervenciones de Francisco Bilbao, quien escribía que a Europa causaron enorme daño, que la sumieron en tinieblas y que ya no podían escucharse la música y la poesía inspiradoras de *La Marsellesa*.³⁷ Según dijera este pensador chileno, en Europa se instauró el culto al dinero y a la riqueza, se intensificó la explotación del hombre por el hombre. También cambiaron los acentos en su valoración de la Revolución Francesa. Por una parte, él admitía la posibilidad del renacimiento de Europa en caso de que volviesen a surgir las instituciones republicanas y se reafirmaran los principios de la libertad y la fraternidad entre los seres humanos y los pueblos, proclamados por la Gran Revolución Francesa.³⁸ Al mismo tiempo, sostenía que precisamente en los años de la revolución se fue fundando el autoritarismo que llevó, a mediados del siglo XIX, al triunfo de los principios imperiales y del dogma católico.³⁹ En semejantes valoraciones se sentía la influencia de la concepción de Saint-Simón, de la Revolución Francesa como lucha sin cuartel entre los pudientes y los desheredados, del despotismo y la intolerancia mutua de los participantes en esta lucha. Las evaluaciones de esa índole se debían a que su autor, absolutizando la influencia del dogma católico, llegó a la conclusión de que bajo la presión de su omnipotencia desaparecieron o sufrieron deformación los principios y los ideales revolucionarios.

No obstante, el hecho de que Bilbao se hubiera desengañado de las posibilidades revolucionarias de Europa no significó que él mismo se convirtiera en pesimista y renunciara a sus ideales. Su drama espiritual era similar hasta cierto punto al drama del gran filósofo y revolucionario ruso Alexandr Guertsen (1812-1870).

³⁵ Armando Donoso, *op. cit.*, p. 63.

³⁶ *Ibid.*, p. 200.

³⁷ Francisco Bilbao, *Obras Completas*, Buenos Aires, 1865, t. II, p. 446.

³⁸ *Ibid.*, pp. 332, 447.

³⁹ *Ibid.*, pp. 403-405.

“Desenmascarando la revolución, escribía Guertsen, no me veía precisado, ni mucho menos, a pasarme al enemigo. La derrota de la Revolución de Febrero no podía convertirme ni en católico, ni en conservador, sino que me llevaría otra vez a casa”.⁴⁰ Precisamente después del fracaso de la revolución en Europa aparecieron las obras más importantes y originales de Francisco Bilbao (*Iniciativa Americana, América en peligro, Evangelio Americano*), en las que el autor, interviniendo desde las posiciones del americanismo, defendía el derecho de los pueblos de América Latina a seguir su propio camino singular realizando las ideas del progreso social y la asociación para edificar una nueva sociedad humanitaria. Bilbao consideraba que los pueblos en América Latina luchan no sólo por sus propios intereses, sino, además, trataban de ayudar a los pueblos de Europa a recuperar las ideas de la justicia social y la igualdad.⁴¹ No eran simplemente palabras, aunque fuesen las más nobles. Es que a mediados de los años cincuenta y a principios de los sesenta, en América Latina actuaban movimientos sociales masivos que eran una especie de variante latinoamericana del año 1848. En las ideas, consignas y programas de sus ideólogos, líderes y dirigentes, se sentía la influencia de los principios nobles que fueron promulgados por la Gran Revolución Francesa.

⁴⁰ *Obras filosóficas escogidas*, Moscú, 1948, t. II, p. 260.

⁴¹ Francisco Bilbao, *op. cit.*, p. 177.